

## LAS COPLAS DEL RABBI DON SEM TOB

Dos motivos determinaron mi decisión de emprender este merodeo por los "Proverbios Morales" del Rabí don Sem Tob. Es que duerme una belleza profunda y fresca en esos antiguos versos poseedores de una calidad poética tan intensa que realmente subyuga. Tal el primero de aquellos motivos. Radica el otro en mi interés por evocar esas estrofas hoy no diré desconocidas pero sí, creo, olvidadas. En verdad, este segundo motivo deriva del inicial.

Cierto que la voz resonante y eterna de Juan Ruiz, arcipreste de Hita, basta para colmar de poesía el siglo catorce español. Los usuales programas de literatura apenas exigen mencionar otros nombres, en los establecimientos de enseñanza. Y es necesaria una vocación dominante para intentar abrir picada entre los rigurosos alejandrinos del mester de clerecía y acercarse a quienes, sin tener la dimensión poética — es decir, la dimensión humana— del Arcipreste, elevaron también entonces su expresión perdurable.

No es intención mía, desde luego, descubrir a don Sem Tob. Mas quiero recordarlo, traerlo a la memoria y en especial al corazón del presente y procurar hacer advertir la vitalidad de su creación.

Hace alrededor de quinientos años, don Iñigo López de Mendoza, aquel memorable marqués de Santillana, escribió una carta que habría de remitir "al ilustre señor don Pedro, muy magnífico condestable de Portugal". En dicho docu-

mento, proemio de sus “decires e canciones”, el Marqués hablaba de poesía o *gaya sciencia*, como entonces era llamada, según sus propias noticias.

Y: qué es la poesía? El mismo Marqués puede facilitarnos respuesta. No desatendamos su opinión, que tiene siglos: pues “...un fingimiento de cosas útiles, cubiertas o veladas con muy hermosa cobertura, compuestas, distinguidas e escandidas por cierto cuento, peso e medida”.

Pero tal vez no sea desacertado requerir otro parecer. También un pálido muchacho sevillano, fervoroso y triste, nos asecuró con acento que lleva miras de ser perenne:

*Mientras haya un misterio para el hombre,  
Habrá poesía!*

Es decir, reclamó la existencia del misterio como condición para la de la poesía. E, implícita, otra aseveración en esos dos versos: la posibilidad de que siempre se dé el misterio.

Federico de Onís, por su parte, nos afirma en su prestigiosa antología y al referirse a la poesía de Jorge Guillén, que la define “precisamente el hecho de que sea indefinible su patente peculiaridad como ocurre con el fondo último de toda poesía”.

Pero hagamos recuento: para Santillana, fingimiento; consecuencia del misterio, para Bécquer. Y para Onís la poesía, en su fondo último, es indefinible.

Sin embargo, al igual que Santillana, al igual que Bécquer, cada poeta y —cosa muchísimo más temible— una gran cantidad de críticos, han propuesto sus definiciones.

Acaso ello patentiza la dificultad de conseguir una respuesta cabal, perfecta, para la pregunta que formulamos: qué es la poesía?

Ciertamente, a veces nos es revelada su escondida esencia. Tal vez no estemos conformes con la contestación de don Iñigo López de Mendoza. Mas sentimos resonar el corazón

cuando la gracia de sus "Serranillas" nos conmueve lo hondo de la sangre:

*Mozuela de Bores  
allí do la Lama  
púsome en amores.*

Y entonces se nos allana el delicado secreto. Y si es promovida una polémica sobre el tema y nos reluce en la voz un verso de Garcilaso en él tendremos la mejor razón. Recordemos cómo ha envejecido la obra de Cristóbal de Castillejo, tan pertinaz en sus metros tradicionales y en su intencionado amor por ellos. Reconozcamos que han sido vanos sus enojos, que hoy nos parecen tan divertidos, y reconozcamos igualmente que los siglos han podido muy poco para apagar

*el dulce lamentar de dos pastores*

y entonces no será difícil que comprendamos cómo, cuando erige su canto el poeta, es decir el creador, la palabra se transfigura lo mismo que si fuera tocada por la vara del milagro. Es como si un golpe de luz le naciese desde las entrañas. Quizás eso y no otra cosa sea la poesía: iluminación de la palabra al despertar en sí secretas potencias apasionadas.

Tengamos bien presente que las "Soledades" de don Luis de Góngora y Argote parecieron oscuras hasta que Dámaso Alonso, entre otros, desveló su profunda claridad. Por muchos decenios se había creído que era sombra y tiniebla eso que, por el contrario, era demasiada luz, luz que de tan intensa enceguecía.

Vamos a recorrer la poesía de don Sem Tob, que también ha sido señalada como oscura. Seis siglos ha de hacer, más o menos, desde que fué creada. Por largos lapsos ha estado sola, olvidada de los hombres. Sin embargo su pureza persiste y resplandece cada vez que se concurre a sus versos. Lo mismo que el arpa, en la rima romántica, siempre está espe-

rando a quien se allegue para interrumpir su hechizado silencio.

Para ello, regresemos a la carta aquella del Marqués: “Concurrió en estos tiempos un judío que se llamó Rabí Santo: escribió muy buenas cosas, entre las otras, “Proverbios Morales” en verdad de azaz recomendables sentencias. Púselo en cuento de tan nobles gentes por gran trovador”.

Observemos cómo las “muy buenas cosas” que conforme a su claro entender escribiese este Rabí Santo bastaban para incluirlo en “cuento de tan nobles gentes” sobre las que daba amistosa información al Condestable. Quiero ponderar el justiciero recuerdo que tuvo el aristócrata castellano hacia ese humilde Rabí Santo. En su siglo los descendientes de Israel eran tenidos en menosprecio. Celebremos el amplio espíritu de aquel hombre profundamente religioso, religioso en el auténtico sentido del vocablo, incapaz por su nobleza de asumir una actitud parcial.

Tengo a la vista dos coplas, demasiado hermosas para dejar de reproducirlas. También las reprodujo Santillana, con la intención de probar que si el Rabí era “gran trovador”, de acuerdo a la enunciada estimación, poco importaba su condición racial:

*Por nacer en espino  
la rosa, yo no siento  
que pierda, ni el buen vino  
por salir del sarmiento.*

*Ni vale el azor menos  
porque en vil nido siga,  
ni los ejemplos buenos  
porque judío los diga.*

Quiero hacer notar, de pasada, que el de la rosa meritória pese a las espinas de su cuna es un motivo frecuente. Así, el arcipreste de Hita expresa:

*So la espina yace la rosa, noble flor*

y con este verso justifica, achicándose, claro, la valía del tema al que no empaña la posible torpeza de la expresión.

Pero regresemos a la voz del Rabbí. Casi seis siglos han corrido sobre estas coplas de don Sem Tob y duele tener que repetir las todavía para que no se deje de tener presente su limpia verdad. Fueron dichas en el siglo catorce, en un día del medioevo. Hoy vivimos en el siglo veinte y advertimos que tantas centurias han sido pocas para imponer a los hombres su certidumbre. Digan si Santillana no merece ponderación. Persona del Renacimiento, corazón franqueado a todos los amores, su gesto reviste la permanencia del símbolo.

Los manuales y hasta los tratados de literatura castellana se detienen escasamente en las seiscientas ochenta y seis coplas que, conforme al códice que existe —o existía— en la biblioteca del Escorial, integran los “Proverbios Morales” de don Sem Tob. También han sido llamadas “Consejos y documentos al rey don Pedro”. Prefiero aquella denominación que es, lo hemos visto, la que les adjudica el marqués de Santillana. Admito, no obstante, que la última designación alude más directamente a su contenido.

Dichas coplas fueron escritas en tiempos del reinado de don Pedro 1º de Castilla, a quien son dirigidas. Este monarca, hijo legítimo de Alfonso Onceno y sucesor de éste en el trono, gobernó desde 1350 hasta 1369.

Pero prefiero no ir demasiado lejos en este aporte informativo. Amador de los Ríos proporciona interesantes datos y una admisible ubicación histórica del Rabbí. Sobre su vida sólo se tienen las pocas noticias que él mismo desliza en sus versos.

Los “Proverbios Morales” son indicados como la primera expresión en letras castellanas o, más exactamente, en poesía castellana, de un género tradicional en la literatura rabínica: la poesía gnómica, de sentido moralizante y didáctico. Si Menéndez Pidal señala “como carácter fundamental de

la literatura castellana su tendencia ética" la obra de don Sem Tob confirma sin duda su observación. El mismo autor anticipa en sus dos primeras estrofas la índole de su composición:

*Señor noble, rey alto,  
oid este sermón  
que vos dice don Santo,  
judío de Carrión.*

*Comunalmente rimado  
de glosas y moralmente  
de filosofía sacado  
es el decir siguiente.*

Aquí una advertencia: en el tercer heptasílabo de la primera estrofa el autor da su nombre: don Santo. También es llamado Rabí Santo por el Marqués de Santillana, como recordarán. Se ha supuesto acertadamente, sin embargo, que su verdadero nombre fuese Sem Tob, palabras judías que significan, traducidas al español, Buen Nombre.

La similitud fonética evidente entre Santo y Sem Tob favorece y explica suficientemente la confusión, imputable quizás al copista que formulara el códice y más si se tiene en cuenta la antigua imprecisión ortográfica. Es por lo demás muy lógica la preferencia hacia una palabra a la cual era posible conectar un sentido en castellano, como es Santo. Y ello en desmedro de un nombre como Sem Tob que se reconoce inmediatamente extraño en nuestro idioma. Pero una vez conocida su significación en la lengua originaria el problema resulta esclarecido. De tal modo, Sem Tob conquistó la predilección y así llamamos al Rabbí, conforme a la hipótesis más valedera y admitida desde muchos años atrás por críticos y comentaristas.

Luego de esta advertencia, volvamos a aquellas dos estrofas iniciales del poema. En ellas es anunciado un sermón, aunque tal término poseía en los comienzos de la lengua una acep-

ción más amplia que en la actualidad. Se hallan también dos palabras que nunca son oídas sin prevención, en versos: moral y filosofía. Tales expresiones resultan considerablemente agravadas por la circunstancia de ser un rabí quien las profiere. Y uno siempre se pone en guardia, sobre todo si se recuerda que la mayoría de los tratadistas de literatura ha insistido en el acento moralizante de la composición.

Pero con las coplas de don Sem Tcb sucede algo que ocurre con toda genuina poesía. Ellas sobrepasan ampliamente la mera y temible docencia moral, sus versos van más allá de toda intención didáctica y la vitalidad que los anima deja atrás toda determinación y es justamente por eso que la voz de don Sem Tob habrá de resonar siempre, así como han podido pasar por encima de los siglos sin desfallecer.

Porque la poesía no admite determinativos. Es sencilla y puramente la poesía, desnuda y sustancial, absoluta y autónoma, ajena y superior a toda limitación, desligada de servidumbres. Por eso no será definida nunca. Atarearse en definirla —vale decir, en darle fronteras— es atentar contra su esencia.

Es posible que no fuera tal la intención del Rabbí. Pero ahí está el milagro: ella es esquiva. Pensemos en Cervantes y en su angustia por construir versos perfectos. Pero está ausente de sus estrofas la vibración soñada. Fué suprema ilusión suya conquistar la gloria con su "Galatea". Y su "Galatea" es hoy indudablemente falsa y débil. Cuando puso punto final a los "Trabajos de Persiles y Segismunda" creyó que había obtenido su obra más vecina a la perfección. Y necesitamos esforzarnos bastante para poder seguir por todos sus contratiempos, en todos sus "trabajos" a esos dos amantes que si vencieron tantas emergencias no han podido vencer al tiempo.

Pero es lo cierto que su gloria perdura y habrá de perdurar por la locura inmortal de "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha". Don Quijote abandonó a su sobrina y a su ama y al cura y al barbero y al bachiller a impulsos de un propósito determinado. Su inspiración está cumplida. Ya fueron

vencidos y bien vencidos aquel caballero de los espejos y aquel otro de la blanca luna y todos los adversarios que hallara por las florestas y por los caminos de su malandanza. Mas aunque Cide Hamete haya colgado la péñola para siempre el amante de Dulcinea seguirá sus combates singulares y Sancho, el eterno escudero ilusionado por ínsulas imposibles, no habrá de retornar junto a su Teresa, abandonada por una esperanza.

Hace siglos que han muerto los caballeros contra los cuales el hidalgo empuñó sus armas. Pero Cervantes no imaginó que al darle vida estaba creando a quien lo colocaría en primera fila y con supremo derecho entre los defensores del Parnaso, tras haber intentado llegar por otras sendas.

También anda en todas las listas de la injusticia, esa injusticia que de manera a veces se da vuelta al nombre, ese otro Quijote criollo llamado Martín Fierro. Fierro también se puso a cantar sus penurias con una intención que se ve de lejos, aunque a veces no quieran verla. No lo hace para que los de arriba se enteren de sus dolores, que no es el caso de andar llorando miserias, a ver si alguno se conduele. El tiene su orgullo de hombre y su padecer no es nada entre tanto padecer desparramado. No canta por él sino por todos los que sufren por querer sacarse el gusto de vivir sin que nadie los lleve por delante, canta por todos los hombres, porque todos tienen el derecho de ser libres y ese derecho no pocas veces se les niega.

Pueda ser que algún día no haya ni los patrones ni las partidas de que protesta Fierro, pueda ser que se cumpla la intención por la que canta y la pampa y la libertad sean de todos sin necesidad de sacar el facón. Pueda ser, digo.

Pero no por eso se habrá de turbar el agua de sus coplas y no es cierto que haya de envejecer cantando. Volverán sus hijos desde la distancia y lo hallarán cantor y fuerte como cuando lo dejaron. No encontrarán ni el recuerdo de las tolderías, pero él estará pegado a la guitarra, a la espera de los siglos, a ver si pueden taparle la boca.

“Cervantes —y éstas son palabras de don Juan Montal-

vo— ha superado todos los obstáculos que los dioses y los hombres oponen a los que intentan pasar a la inmortalidad”.

Ya los habrá de superar Hernández también. Por eso estimula y fortalece la evocación de estos hombres apasionados. Nuestro tiempo abunda en espectadores que cantan sin saber o sin querer saber que a la poesía hay que sufrirla y que ese sufrir impone su profundo dramatismo al momento creador. El poeta vive rodeado de contingencias, lo mismo que toda persona y es obligación suya atender a lo que constituye su contorno vital y dirigir el alma a lo circunstancial, única manera de poder captar lo eterno. La vida se venga trágicamente de quienes le vuelven la espalda. Que el poeta afronte la realidad y se interne en ella, pues si su voz es bien templada el tiempo no se olvidará de recogerla. Veamos cómo don Sem Tob supo hallar lo perdurable en el corazón mismo del presente:

*Cuando es seca la rosa  
que ya su sazón sale,  
queda el agua olorosa,  
rosada, que más vale.*

Hay algo más efímero que una rosa? Apenas un momento duran el color y la frescura en su mejilla, sin embargo el judío de Carrión la sitúa en sus versos y la elije precisamente por precedera. Y ubica su copla en el tiempo presente, en un tiempo que era presente hace seis siglos y que lo sigue siendo. Tres verbos en presente de indicativo reiteran la invulnerable seguridad. Pero es un presente que se va recuperando sin descanso.

Y sin embargo desde la primera palabra nos sentimos proyectados en un ámbito intemporal, pues esa palabra que inaugura el verso inicial hace posible el milagro: cuando; ni hoy ni ayer, ni mañana; cuando: es decir, hoy o ayer o mañana: siempre. La rosa muere siempre. O mejor: la rosa puede morir siempre.

Y entonces una nueva presencia: el agua, imagen también

de lo fugitivo que puede ser eterno. Ya lo dirá luego Jorge Manrique:

*nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar,  
que es el morir;*

Pero en la copla del Rabbí el agua es distinta. No es el infinito sin esperanza. Por el contrario, esa agua es la "que más vale" porque conserva memorias de la rosa. Es el agua rosada, olorosa. La flor puede marchitarse, perder su sazón. Mas no importa: perdurará su aroma. Y así como la rosa el hombre, la vida. Aunque nos gane la muerte, nuestro recuerdo puede ser agua rosada, "que más vale".

También Manrique lo dirá más tarde:

*Pues otra vida más larga  
de la fama gloriosa  
acá dejáis.*

Y conste que por estos versos Manrique es indicado como persona renacentista. Don Sem Tob, desde la edad media, ya nos estaba diciendo que el mundo no se agota en las dos únicas instancias del vivir y del morir.

Augusto Cortina expresa, al comentar las coplas de Manrique:

"La idea de que la vida es fugaz debe ser tan vieja como la muerte. Pero la edad media repite cual ninguna otra, con apasionado fervor, la imagen del cuerpo que se corrompe, del señorío que se abate, de la belleza que se desvanece.

"Esta certidumbre de la macabra descomposición, se infiltra en el espíritu medioeval como una embriaguez contagiosa".

"Durante los siglos catorce y quince parece llenarlo todo".

Y continúa párrafos abajo:

"La exageración pavorosa del luto, característica de la edad media, ha ido decreciendo hasta obtener las discretas pro-

porciones que alcanza en nuestros días. Pero en la oda de Jorge Manrique, influída de las soberbias afirmaciones humanas del Renacimiento, se dignifica el tránsito, entra el héroe en la inmortalidad sin renegar de las seculares y pretéritas hazañas”.

Don Sem Tob recuerda también la fúnebre “Danza de la muerte” que a todos iguala en sus versos desolados. Esta es su voz:

*La alma altiva viene  
a perderse con celo,  
si su vecino tiene  
de más que él un pelo.  
Tiene miedo muy fuerte  
que le aventajará,  
non se miembra que la muerte  
a ambos igualará.*

Y sin embargo, ya en su siglo, don Sem Tob afirmaba su promesa de existencia perdurable, con la suprema serenidad de un renacentista. Un veraz optimismo se difunde desde su copla de la rosa en la que parece desmentirse la trágica advertencia: “Polvo eres y en polvo te convertirás”. Por lo menos atempera su áspera imponencia, si no la niega.

Y lo manifiesta con la sencillez del convencido, sin que la menor exaltación turbe sus versos, porque cuando se está en posesión de la verdad no es necesario forzar el tono. Hasta en eso vence a su tiempo.

Sin embargo es posible que no fuera esa la intención de don Sem Tob al decir su copla. Vamos a ver la función que quiso darle y el motivo transitorio que la determinó. Para ello, oigámosla nuevamente, pero ahora unida a las inmediatas siguientes:

*Cuando es seca la rosa  
que ya su sazón sale,  
queda el agua olorosa,  
rosada, que más vale.*

*Así quedaste vos dél  
para mucho durar  
y librar lo que él  
codiciaba librar.*

*Como la deuda mía,  
que a vos muy poco monta,  
con la cual yo podía  
vivir sin toda honta.*

Innumerables años han pasado sobre la tumba de don Pedro, abierta por mano fraticida, en la noche de Montiel. No sabemos si otorgó su perdón a la deuda del Rabbí ni nos interesa saberlo. El tiempo ha dispersado las circunstancias de su pedido. Y, no obstante, la poesía persiste, lúcida y fresca, encarnando perennes resonancias y sus versos, emancipados de toda peripecia fugaz han revestido singular plenitud al decirnos con sus nítidas palabras que aunque la muerte llegue, apagando rosas, no debe inquietarnos su venida:

*queda el agua olorosa,  
rosada, que más vale.*

Y ese perfume nos procura el vigor necesario para vencer la tremenda maldición y rescatarnos a su fatalidad. El alma del poeta nos ha confiado la clave de lo que no perece.

Pero acaso parezca forzada la conexión propuesta. Mas podemos hallarla ratificada y explícita en otro momento del mismo poema. Atendamos a estas coplas:

*Non hay tan buen tesoro  
como el bien facer;  
ni tanpreciado oro,  
ni tan dulce placer*

*como el que tomará  
aquél que lo ficiere:  
en vida le honrará;  
y después que muriere.*

*El bien fecho no teme  
que le furten ladrones,  
ni que fuego lo quemé,  
nin otras ocasiones.*

*Nin ha para guardarlo  
rincones menester,  
nin en arca cerrarlo  
ni so la llave meter.*

*Queda la buena fama  
cuando fueren gastados  
los algos, y la cama,  
y los paños preciados.*

*Por él será honrado  
el linaje que queda,  
cuando fuere acabado  
el que lo suyo hereda.*

*Jamás el su buen nombre  
no se olvidará,  
que lengua de todo hombre  
siempre lo nombrará.*

Reparemos en la reiteración de ese vocablo “cuando” que nuevamente parece sustraer la voz del poeta desde lo temporal así como en esa contraposición de los términos “jamás” y “siempre” que con su choque mantienen en los versos el seguro equilibrio de la convicción.

Ciertamente, no soy el primero en señalar a don Sem Tob como coincidente con Jorge Manrique. No aseguraría sin embargo que el glorioso elegíaco se hubiese inspirado en los versos del judío de Carrión. Pero en realidad quienes han indicado al pensamiento de Manrique como oriundo del Rabbí no se han esforzado mucho por abonar sus opiniones.

No sería imposible mostrar otras similitudes entre ambas poesías. A pesar de ello deseo fijar la atención especialmente en aquélla a la que estimo de singular valor pues nos evidencia al gran trovador medioeval en posesión de una concepción de

la vida que, como afirma Augusto Cortina, era ajena al espíritu de su época.

El optimismo renacentista, su júbilo profundo y su renovado amor a la existencia, emanados de una nueva confianza del hombre en sus propias potencias, ya nutrían el claro corazón de don Sem Tob e iluminan su voz.

Atendamos a Unamuno, tan sabedor de su España: “Y cuál ha sido —pregunta en su “Vida de don Quijote y Sancho”— el más entrañado resorte de la vida de nuestro pueblo español sino el ansia de sobrevivir, que no a otra cosa viene a reducirse lo que dicen ser nuestro culto a la muerte? No, culto a la muerte, no; sino culto a la inmortalidad”.

Y desde su siglo, don Sem Tob confirma las palabras de don Miguel; culto a lo imperecedero, hecho fragancia de flor en su poesía.

Por otro lado se ha pretendido vincular sus coplas al duro tono del Ecclesiastés. Algunos críticos han recordado y repetido la palabra bíblica con el propósito de probar su presencia en los “Proverbios Morales”.

“Vanidad de vanidades, dijo el predicador; vanidad de vanidades, todo vanidad.

“Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?”.

Fuera de duda el Rabbí, hasta por su misma condición de tal, hubo de leer y releer con asiduidad las viejas palabras, que alcanzan a reflejarse en algunas de sus coplas. Así, una de ellas dice:

*Quien los vientos guardaré  
todos, no sembrará:  
quien las nubes cataré  
jamás no segará.*

Y previene el Ecclesiastés: “El que el viento mira, no sembrará; y el que mira a las nubes, no segará”.

Sin embargo la palabra tiene otro tono distinto cuando la pronuncia el Rabbí. No hay en ella esa imponente auste-

ridad que nos aterra desde los labios del Predicador. Las coplas son joviales y el poeta sonríe aunque no es difícil descubrir muchas veces el filo de la ironía tras su sonrisa. Asistamos a su seducción:

*Las virtudes han nombres  
ligeros de nombrar,  
mas son pocos los hombres  
que las saben obrar.*

*Tendría muy clara lumbre  
quien supiese obrar:  
cuánta buena costumbre  
yo sabría nombrar!*

Y no hay duda acerca de esa facilidad. Todo el problema de la virtud a ese respecto radica en animarse a practicarla. Y es de observar cómo él mismo se pone a manera de protagonista del caso. Es que aquel judío de Carrión le sabía muy bien todas las complicadas vueltas al alma de sus semejantes. Digan si estoy equivocado una vez que hayan leído estas otras dos coplas:

*De más que ha por natura  
el hombre de enojarse  
con lo que mucho dura  
y con ello quejarse.*

*Por tal de mudar cosa  
nueva de cada día  
por poco la fermosa  
por fea trocaría.*

La verdad de estos versos es axiomática. Pero lo lindo es la gracia con que está dicha. E indiscutible es lo contenido en los cuatro versos siguientes:

*Qué venganza quisiste  
haber del envidioso,*

*mayor que estar él triste  
cuando tú estás gozoso?*

Y es de notar cómo le da forma de pregunta a su copla. Sabía perfectamente que le sobraba razón en lo que decía. Pero no se conformó con estar él seguro y demanda, casi obliga, el asentimiento nuestro. Hasta ese pronombre personal de segunda persona singular está dicho con toda la intención: tú. Por un momento deja de lado la fórmula ceremoniosa y el humilde continente que utiliza para dirigirse al rey don Pedro y se hace el que se olvida que está hablando al soberano para procurar emprender un diálogo amistoso con el que salga.

Y no es ésta la única vez que procede así. Don Sem Tob debió haber sido un hombre llano y sencillo. Si muchas ocasiones hasta sabe decir un refrán que venga al caso. Por ejemplo:

*Cierto es y no fallece  
proverbio todavía:  
el huésped y el pece  
fieden al tercero día.*

Y es que su intención y su interés no fueron otros que los de llegar al corazón de todos con su palabra de simpatía.

Por tal causa en sus coplas las viejas, o, mejor dicho, las eternas verdades adquieren un calor singular. Una cantidad de las ideas que desarrolla estaban ya en los versículos del Ecclesiastés, indudablemente. Pero cuando el Predicador hace resonar los aires con su duro clamor, nuestro espíritu se siente sobrecogido y en vez, cuando el Rabbí nos comienza a ganar con su palabra campechana y simple una emoción cordial nos va iluminando.

No importa que las ideas sean las mismas. Lo decisivo es el acento que asume la expresión por virtud del espíritu que en ella quiere darse. Cualquier estudiante de preceptiva está en condiciones de lamentar desvíos de amor en sílabas conta-

das. Pero habrá que volver a los líricos auténticos, a Garcilaso por ejemplo, para sentir verdaderamente cómo canta un corazón herido.

Y después que no es necesario y hasta resulta peligroso andar a los gritos con la poesía. Acaso Bécquer levanta la voz alguna vez en sus "Rimas"? No obstante el tiempo las viene respetando, mientras condena con su desdén a los ensordecedores versos de don Gaspar Núñez de Arce.

Por eso perdura la voz de don Sem Tob. Es la voz de un hombre que nos habla de cosas eternas con su claro acento de hombre.

Como profesor de literatura, voy a ver si me demoro un momento a examinar lo formal en los versos del Rabbí.

Recordaré que las catorce sílabas del alejandrino que caracteriza a la cuaderna vía cederían su predominio frente a los metros menores. En su "Libro de buen amor" el arcipreste de Hita daba cabida a éstos para celebrar los "Gozos de Santa María" y en sus cantares de ciego.

El verso menor triunfaría como preferido de esa poesía empapada de líricas transparencias que las gentes guardarían en su corazón y que reaparece más tarde transcrita en cancioneros, pujante y graciosa. A impulsos de esa predilección se desdoblarán también los pareados épicos en el octosílabo del romance posterior.

Las coplas de don Sem Tob están casi exclusivamente en heptasílabos, medida que de seguro provino del alejandrino, al independizarse sus hemistiquios, conforme a la tendencia aludida. Sólo en contadísimas ocasiones aparecen en sus estrofas otros metros, siempre menores.

En la composición es cumplida asimismo y con total rigor la división estrófica, llegada a la poesía castellana desde la galaico-portuguesa, como informa Henríquez Ureña.

La regularidad de la rima es casi impecable. Sus versos consueñan en la gran mayoría de las coplas, el primero con el tercero y el segundo con el último. Si a veces no se da la

consonancia siempre existe, por lo menos, una coincidencia vocálica.

Pero lo verdaderamente notable es la destreza que el Rabbí denota en el manejo de la rima. En ese sentido sus coplas destacan audacias tan ingeniosas que asombran. Mas esto se aprecia muchísimo mejor en las coplas mismas:

*La merced de Dios sola  
es la fiducia cierta:  
otra ninguna no la  
ha hombre sin refierta.*

El tercer verso de esta estrofa finaliza con las palabras “no” y “la” que unidas por la pronunciación consueñan perfectamente con el último vocablo del primer verso, conforme al esquema de la rima.

Otro ejemplo:

*Lo que uno a pro ha  
al otro caro cuesta,  
lo que el peso loa  
el arco lo desnuesta.*

La rima se cumple de una manera sumamente extraña y desenfadada. El primer verso concluye con las palabras “pro” y “ha” que debido al hecho de hallarse en contacto consueñan intachablemente con el verbo “loa” colocado al final del tercer verso.

Como éstos, los ejemplos podrían ser multiplicados sin ningún esfuerzo. El Rabbí no desconoció ese juego de proponerse rimas difíciles para luego tener el gusto de resolverlas con la mayor naturalidad, acrobacia verbal que acaso no tenga mucho que ver con la poesía.

Pero no está demás hacer notar lo vieja que es semejante diversión que apasionó tanto a los parnasianos y a los modernistas.

Y dejemos así soslayado este aspecto de los “Proverbios Morales” en el que también se revelan vivos y actuales, aun-

que hoy las cuestiones formales no demandan preocupación fundamental en poesía; y al decir esto aludo a todo anhelo de pulcritud verbal que se imponga como finalidad el complacer recomendaciones normativas.

Pero me interesa recordar la copla que reprodujera últimamente. Ella expresa un pensamiento que se vuelve a encontrar numerosas ocasiones en la poesía de don Sem Tob: el de la relatividad de todas las cosas y lo difícil que resulta formular un juicio absoluto.

La técnica conforme a la cual está construida la estrofa es también muy frecuente en él. Primero la afirmación general, en abstracto:

*Lo que uno a pro ha  
al' otro caro cuesta,*

y luego, en la mitad final de la copla, el caso concreto que documenta la verdad contenida en aquella afirmación:

*lo que el peso loa  
el arco lo denuesta.*

También en la contigüidad de las formas verbales “loa” y “denuesta” se denuncia uno de los procedimientos favoritos de don Sem Tob: la antítesis. Es indudable la eficacia expresiva que asume la vecindad de dos términos cuyos sentidos son contrapuestos; la imaginación se siente vivamente impresionada por tales enlaces. Ya en algunas coplas de las leídas el Rabbí ha establecido esa vinculación de antónimos. Pero no hará mal ver esto en otras más:

*Tomar del mal lo menos  
y lo más tomar del bien  
a malos y a buenos  
a todos convienen.*

Puede apreciarse cómo se equilibran las palabras “mal” y “bien”, “más” y “menos”, “malos” y “buenos” en una

finísima construcción para culminar en ese plural “todos” que en el verso final las sintetiza con vigor cabal.

Lo mismo en estas otras:

*Non hay tan fuerte cosa  
como es la verdad,  
nin otra más medrosa  
que la deslealtad.*

*El sabio con corona  
como león semeja:  
la verdad es leona,  
la mentira es gulpeja.*

*Decir siempre verdad  
maguer daño tenga,  
y nunca falsedad  
aunque pro dello venga.*

En ellas se observa igualmente ese juego de significaciones contrastadas, en especial en la última copla donde tres pares de antónimos se estrellan con inusitada fortaleza: “verdad” y “falsedad”, “daño” y “pro”, “siempre” y “nunca”.

Un nuevo ejemplo:

*Por enmendar erranza  
nacida de la queja,  
es mayor la tardanza  
que la prisa te deja.*

Aquí desarrolla un concepto verdaderamente proverbial: en los apuros hay que andar despacio.

Otra estrofa que tampoco quiero dejar de citar, destaca esta misma eficaz modalidad expresiva:

*Y muere el doctor  
que la física reza,  
y guarece el pastor  
con toda su torpeza.*

Sobresalen en ella las palabras “muere” y “guarece”, contrapuestas al igual que “doctor” y “pastor”, colocadas como extremos de una escala ingenua y certera.

Otro ejemplo:

*Las bestias han afán  
y mal por no hablar,  
y los hombres lo han  
lo más por no callar.*

Vemos aquí, sin embargo, que el juego de la contraposición concluye por coincidir en idéntico resultado.

Es asimismo muy lograda esta imagen de las tijeras:

*Por tal de estar en uno  
siempre ambas a dos;  
por facer de dos uno  
facen de uno dos.*

Vuelvo a asegurar que este procedimiento abunda en las coplas de don Sem Tob. Atendamos a una nueva prueba:

*Non hay mejor riqueza  
que la buena hermandad,  
ni tan mala pobreza  
como es la soledad.*

Ni necesito recomendarles que reparen al mismo tiempo en la belleza de la estrofa. “Riqueza” y “pobreza”, “buena” y “mala”, “hermandad” y “soledad” figuras polarizadas en sutiles alternativas que desplazan con agilidad la corriente expresiva.

Un ejemplo más:

*El callar es dormir,  
el hablar es despertar,  
el callar es servir  
y la fabla mandar.*

Y éstos últimos:

*Debe por se guardar  
hombre de mal y daño,  
las costumbres mudar  
como quien muda paños.*

*Hoy recio, cras paso;  
hoy igual, cras ufano;  
hoy franco, cras escaso;  
hoy otero, cras llano.*

*Veces con humildanza,  
otras veces baldón,  
en un tiempo venganza,  
en otro tiempo perdón.*

Y también en estas estrofas puede observarse aquella modalidad expresiva ya señalada de formular menciones a lo real, a lo concreto. Su voz no se limita a la recomendación sino que abona cada una de sus afirmaciones. Es un procedimiento característico de la poesía gnómica, lo mismo que la puntualizada más arriba, pero que en sus labios asumen finura extraordinaria.

Así manifiesta en uno de sus versos que el hombre debe ser:

*hoy otero, cras llano.*

Ello se ratifica en esta copla:

*La vara que menguada  
dice el comprador,  
esa misma sobrada  
llama el vendedor.*

O en ésta, donde reaparece la rosa entre espinas:

*Quién puede coger rosas  
sin tocar sus espinas?  
La miel es muy sabrosa  
mas tiene agrias vecinas.*

Aquí, a través de la alusión a cosas perfectamente verificables, demuestra dos verdades generales: aquella relatividad ya indicada y el hecho de que todo placer tiene su precio doloroso. Porque, como dice él mismo:

*Nin fea nin hermosa  
en el mundo que ves  
se puede alcanzar cosa  
si no con su revés.*

Y en estas tres estrofas es dable verificar una vez más cómo se complace el Rabí en ese choque de vocablos con significados opuestos.

Y con tales menciones se sustrae venturosamente a la frialdad de la máxima escueta para situarse con cálido fervor en un plano de realidad. Porque la generalización es siempre menos viva —es decir, menos poética— que la apreciación de las cosas en su conmovedora individualidad. Pero oigamos a don Sem Tob, que nos habla de la muerte:

*Y más que un mosquito  
el tu cuerpo non vale,  
desque aquel esprito  
que los mesce dél sale.*

*Non te miembra tu sima  
y andas de galope  
loco sobre la cima  
do yaz muerto don Lope*

*que mil veces sería  
tu señor y gusanos  
comen de noche y de día  
el su rostro y sus manos.*

Para advertirnos lo delesnable que es el cuerpo inanimado, recurre a la comparación con algo ínfimo y al acudir a tal recurso hiere la imaginación mucho más vivamente que si dijese: vale muy poco, o no vale nada. Reparemos de paso en el giro negativo de sus dos primeros versos, que contribuye a

intensificar esa intención desvalorizadora y también al pasar notemos, ya al final de la primera estrofa, ese verbo “mesce” que ya admiraba a don Marcelino Menéndez y Pelayo.

La aseveración del verso que inicia la copla siguiente está manifestada asimismo en forma negativa:

*non te miembra tu sima*

vale decir: ten presente la inmensa bajeza de lo terrenal. Y esa hondura figurada concretamente con la mención de la sima. Luego, el nombre propio: don Lope, alusión a una persona determinada, que robustece certeramente su advertencia. En otras coplas también da ingreso a nombres propios:

*En lo que Lope gana  
Pelayo empobrece,  
con lo que Sancho sana  
Domingo adolece.*

Vemos en esta ocasión las dos peculiaridades ya anotadas: la referencia directa a la realidad y el oscilar de los anónimos, además de aquel concepto señalado acerca de la relatividad de todas las cosas.

Pero volvamos a aquel don Lope, que tuvo gran señorío. Ese poder suyo también se determina en una dimensión ajustada por efectos del numeral “mil” estampado con viveza excepcional.

Luego, los gusanos, término cierto de su grandeza, los reales e ineludibles gusanos que aguardan en lo profundo de la carne y que:

*comen de noche y de día.*

Nuevamente lo perceptible, lo que advertimos con toda la sangre y no con el cerebro: de noche y de día. El tiempo desdobra su eternidad y así es más hondamente sentido desde la voz del poeta. Y esa preposición reiterada hace que cobre mayor nitidez aún.

Y ese terrible y maravilloso verso final:

*el su rostro y sus manos.*

Los gusanos de la eternidad no comen nuestro cuerpo con indiferencia; tienen patentes y estremecedoras predilecciones en la copla y en la muerte: el rostro y las manos; y ese duplicado posesivo acrecienta el horror impresionante, con lo cual don Sem Tob nos llega hasta el fondo de las venas con su alerta y nos inquieta la raíz misma del corazón.

Por eso su palabra vibra todavía intacta. Tal es el secreto de su perduración y no es otra la clave de toda genuina poesía. El metal del canto necesita hundirse en la realidad para desde ella proyectarse y alcanzar el oído de la inmortalidad.

No sé si he conseguido demostrarlo así. Pero mi anhelo ha sido hacerles sentir el apasionado timbre de sus versos. Para ello me he desentendido de todo esquema académico y sencillamente he acercado mi afecto hasta su poesía. No he querido mostrarles un cuadro clínico sino conservar la pureza de su latido. Es posible que mis afirmaciones carezcan de firmeza y madurez. Pero ya don Sem Tob decía:

*Las mis canas teñidas  
no por las aborrescer;  
menos por desdecirlas  
nin mozo parescer.*

*Mas con miedo sobejo  
que hombres buscarían  
en mí seso de viejo  
y non lo fallarían.*

Creo estar todavía muy lejos del tiempo en que usaré canas y no necesito simular mocedad. Si en lo expresado no han podido hallar "seso de viejo", hallen al menos en mi juventud motivo para excusarme.

RUBEN A. TURI

